

INESTABILIDAD EN EL GOLFO PERSICO

Invasión de Kuwait

Desde el día 2 del pasado mes de agosto estamos asistiendo a una nueva crisis mundial, centrada en el ámbito del golfo Pérsico que ha roto las esperanzas puestas en la posibilidad de alcanzar en nuestros días lo que empezó a llamarse "un orden nuevo".

El mundo comunista se había hundido, con rapidez vertiginosa y con estrépito, al producirse la apertura del muro de Berlín en el mes de noviembre anterior. Y el analista norteamericano Francis Fukuyama había vaticinado el "Fin de la Historia". Su utópica teoría dejaba establecido que con el final de la "guerra fría" quedaba excluida en el futuro la posibilidad de nuevos conflictos: el triunfo de la democracia liberal sobre las doctrinas soviéticas los hacía impensables.

En violenta contraposición a todas estas ilusiones —podríamos decir que cogiendo al mundo entero a contrapie— el presidente de Irak, Saddam Hussein, lanzaba sus ejércitos a la conquista de Kuwait en la fecha señalada.

Afortunadamente para los valores permanentes de nuestra civilización, la inmediata reacción internacional ha sabido poner en marcha un dispositivo militar de respuesta que parece haber provocado un razonable apaciguamiento de la escalada. Por lo menos, en el momento de redactar estas notas, el pulso que se está desarrollando para restaurar el Derecho Internacional conculcado parece que pueda llegar a su término sin que sea preciso activar el despliegue táctico de las fuerzas que, en cumplimiento de los mandatos de la ONU, han desplegado en la península Arábiga.

Al recibir el presidente norteamericano George Bush, en la Casa Blanca, al emir Jaber al Ahmed Sabaj en uno de los últimos días del mes de septiembre le subrayaba su compromiso firme de hacer fracasar los planes del invasor y de conseguir que Kuwait vuelva a ser libre restableciendo su legítimo gobierno. Lo hacía con las siguientes palabras: "Espero el día en que pueda visitaros en Kuwait, vuestro país".

Ante la opinión pública internacional quedaba planteada así, en forma simplista y esquemática, la solución que podía tener el actual conflicto en el golfo Pérsico: volver a la situación inicial vigente el día 1 de agosto del año 1990 una vez sean expulsados los invasores iraquíes por las armas o como resultado de la presión económica y diplomática ejercida sobre ellos.

Sin embargo, el más sencillo análisis de la cuestión —desde un punto de vista geopolítico— obliga a aceptar que la simple vuelta a la normalidad anterior a la agresión iraquí no puede ser, en ningún caso, la solución deseable. Todo lo más, puede admitirse que constituya la irrenunciable base de partida necesaria para emprender el camino que conduzca a una solución estable, aceptada por todas las partes implicadas y conseguida a través de las organizaciones internacionales competentes.

En un reciente *Cuaderno de Estrategia* del CESEDEN que trata el tema de la investigación de fenómenos belígenos se dice lo siguiente: "pretender la paz y evitar la guerra supone a su vez comprender las interpretaciones que los sujetos o actores en un sistema o conjunto de ellos tienen acerca de la mayor o menor justicia en la resolución de sus litigios y antagonismos".

En el caso que nos ocupa, flota en el aire la sensación de una inestabilidad fundamental —productora de palmarias injusticias— que se ha instalado en el ámbito del Oriente Medio desde hace algunos siglos. Basta una inocente mirada a la muy socorrida *Enciclopedia Universal Ilustrada de la Editorial Espasa-Calpe para formarse, ya de entrada, una opinión muy concreta* —que confirma la sensación aludida— sobre las causas de la complejidad que invade a cuanto se relaciona con esta región geográfica.

En su edición del año 1926 inicia la explicación de la voz "Koweit", "Kuwait" o "Koveit" (primer intrínquilis del tema) de la forma siguiente: "Estado mahometano de la costa noroeste del golfo Pérsico y oriental de Arabia, considerado como perteneciente a Turquía hasta el año 1914, pero bajo la protección inglesa desde el año 1880".

Constituye una importante llamada de atención la curiosa advertencia de que tal "Estado mahometano" pertenezca a Turquía hasta la Primera Guerra Mundial pero que se encuentre bajo la protección inglesa desde el año 1880.

El apéndice de la misma Enciclopedia editado en el año 1932 nos da más detalles sobre la complicada estructura de este territorio. Aquí se señala que su población asciende, en la fecha señalada, a unos 51.000 habitantes la mayoría árabes, unos 10.000 persas, 4.000 negros y 200 judíos. En cuanto a la moneda, son de curso corriente las rupias y annas indias, si bien en el interior del país se emplean también —todavía— los talers de María Teresa. Respecto a las comunicaciones postales se puntualiza que el servicio de Correos está administrado por el departamento del ramo del Irak, pero que los sellos utilizados son indios con la inscripción "Koweit" superpuesta.

Al parecer, lo único estable y autóctono en Kuwait es la dinastía vigente. Fue fundada por Subah bu Abdullah, que reinó del año 1756 a 1762, y cuyos descendientes se han mantenido en el poder local ininterrumpidamente a pesar de todos los acontecimientos que la historia y las relaciones internacionales han proyectado sobre este país. Y no deja de señalarse en el texto indicado que "el Gobierno inglés mantiene un agente político en la corte del jeque".

Para muestra de complejidad, parece que basta este botón.

No podemos pretender aquí establecer la fórmula que permita señalar la solución correcta que es preciso encontrar para que —como se ha señalado— los sujetos o actores del sistema alcancen una justa resolución de sus litigios y antagonismos. Nos limitaremos a exponer, brevemente, algunas de las causas que los producen.

Aproximación a un análisis polemológico

El Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE) emplea para sus análisis polemológicos el denominado "Método factorial" que consiste, en esencia, en el estudio en profundidad de todos los posibles factores de enfrentamiento agrupados en seis grandes conjuntos a los que se les denomina "esferas" y dentro de las que se consideran tres niveles de situación concreta para cada una de ellas: el determinado por razones estructurales, el derivado de las circunstancias coyunturales y el que surge de situaciones aisladas concretas.

La determinación de los señalados "posibles factores de enfrentamiento" se hace de una forma completa y abarca todos los que pueden ser considerados desde un punto de vista geográfico, social, cultural, económico, militar y político en sus más variados aspectos. En la ocasión presente reduciremos este amplio panorama a la consideración esquemática de los factores que estimamos más intereses para centrar el tema:

- En primer lugar, el insoslayable factor histórico, con sus inevitables repercusiones *sobre la geografía política de los diversos países interesados. Se ha escrito, con razón, que no debemos ser esclavos de la historia pero que tampoco podemos dejar de asumirla. Constituirá el marco fundamental de esta exposición.*
- Inmediatamente esbozaremos ligeramente el complejo problema de la población y de los aspectos religiosos que tanta influencia tienen sobre la misma.
- Finalmente trataremos de la organización política y del componente económico que con el impacto del petróleo ha conseguido alcanzar el máximo protagonismo de la crisis planteada.

La Historia

Los problemas actuales que se ciernen sobre el ámbito del golfo Pérsico arrancan de la descomposición del Imperio Turco como consecuencia de su derrota en la Primera Guerra Mundial, en el año 1918.

Pero no sería posible enfocarlos adecuadamente si antes no se establecen algunos antecedentes previos a la época señalada, por ligeros que estos puedan ser.

A principios del siglo XVI, el Imperio Otomano se extendía por la mayor parte del hoy día denominado Oriente Medio incluidas las costas occidental y oriental de la península Arábiga; sólo los desiertos centrales de ella quedaban libres de la dominación turca.

Cuando los portugueses iniciaron sus exploraciones por las costas de océano Índico y penetraron en el golfo Pérsico —siguiendo una de las rutas clásicas que llevaban los productos exóticos de las Indias Orientales hasta el Mediterráneo y Europa, a los que se añadían las perlas y corales del propio Golfo— se establecieron en Mascate, Ormuz y Bahreim llegando incluso al fondo del saco para ocupar temporalmente un pequeño fuerte y factoría, situado en las proximidades de la desembocadura del Chatt-el-Arab, que se utilizaba como punto de concentración de mercancías y estación intermedia en la ruta comercial señalada.

Reacción inmediata a este tipo de tráfico fue la creación de la denominada "costa de los piratas" cuya extraordinaria actividad depredatoria en la mar había de servir de justificación, posteriormente, a las intervenciones extranjeras.

La presencia portuguesa se ve sustituida, a comienzos del siglo XVIII, por la de la holandesa a través de su Compañía de las Indias Orientales que establece uno de sus enclaves en Basora. Ante la intensificación del tráfico comercial en aguas del golfo Pérsico renace, paralelamente y como consecuencia inmediata, la actividad de la piratería.

Por aquellos mismos años del siglo XVIII una tribu beduina se asentaba en el territorio del actual Kuwait —en el mismo lugar en que ya se habían establecido los portugueses, dos siglos antes, al amparo del mejor puerto natural de todo el golfo Pérsico— e inauguraban una situación de hecho que habría de mantener al territorio con una cierta autonomía a pesar de quedar incluido dentro de los límites del Imperio Otomano. A mediados de siglo, el jeque de la tribu —Subah bu Abdullah— fundaba la dinastía que —como ya se señaló anteriormente— ha venido rigiendo los destinos de Kuwait ininterrumpidamente desde el año 1756.

Ante el señalado renacimiento de la piratería, la compañía holandesa pidió protección a la Marina de guerra británica. Gran Bretaña decide su intervención armada, fundamentalmente en las zonas próximas al estrecho de Ormuz, y después de arrasar con el fuego de su artillería naval los refugios de los piratas firma en el año 1819 un acuerdo de buenas relaciones con los jeques de las tribus afectadas.

Las cartas náuticas cambiarán, a partir de este momento, la vieja denominación que caracterizaba a la "costa de los piratas" por la de "costa de la Tregua" ("*Trucial Coast*") y de ahí arrancará la preponderancia británica en estas aguas y su presencia naval permanente que alcanzará a las de Kuwait hacia el año 1880.

En el año 1895, el jeque de Kuwait acoge en su corte y protege al jeque Abd al-Rahman ibn Saud que ha sido expulsado de su territorio de Riad por el poder otomano. Los buques de guerra británicos fondeados en la bahía de Kuwait apoyan la insumisión kuwaití frente al Gobierno turco.

Casi inmediatamente, en el año 1899, inquieta Gran Bretaña por los proyectos germano-turcos de construcción de un ferrocarril que habría de prolongar el *Orient Express* desde Constantinopla hasta Bagdad y —posteriormente— hasta Basora y Kuwait decide reforzar su presencia en la región y consigue que el jeque Mubarak ibn Sabbah acepte firmar un tratado de protectorado, a pesar de que sigue manteniéndose teóricamente sometido dentro del ámbito del Imperio Otomano.

Es preciso establecer, lógicamente, que este Imperio ha ido perdiendo, paulatinamente, su cohesión interior. Cerece de aglutinante sólido por la gran inmoralidad administrativa reinante y la consiguiente pérdida de prestigio del poder central. Habrá de ir disgregándose especialmente a partir del Congreso de Berlín (1878) en que impondrán su ley las nuevas potencias colonialistas europeas.

Si pasamos a considerar, inmediatamente, la situación política en la zona de la península Arábiga en la primera década del siglo XX podemos establecer que existe una indecisión británica que se debe a dos factores de tensión que presionaban sobre el Gobierno de Londres en direcciones totalmente opuestas. De una parte, el *Foreign Office* prefería

mantener una Arabia dividida en facciones y en la que, de alguna manera, ejerciese cierto predominio local el jerife hachemita de La Meca, señor de las costas árabes del mar Rojo. De otra parte, el *Indian Office* —cuya influencia se extendía también a todo el golfo Pérsico— sentía una fundada debilidad por Abd el Aziz, el emir de Riad, descendiente y heredero del prestigio de Abd al-Rahman ibn Saud.

Esta doble dirección quedó plasmada de una forma realmente llamativa —incluso podría calificarse de novelesca— en los “consejeros” que Gran Bretaña situó junto a los dos emires indicados en los años inmediatos de la Primera Guerra Mundial.

Al de La Meca le correspondió el que habría de ser mítico Thomas Edward Lawrence, quien en breve tiempo supo hacer excepcionalmente bueno el sobrenombre que se le dio de “Lawrence de Arabia”. Su plan de guerra de guerrillas desmoronó completamente la moral de las tropas turcas que mantenían en actividad el ferrocarril de Alepo a La Meca, base de toda la logística otomana en la zona. Pudo entrar triunfante en Damasco a la cabeza de las tropas árabes de Faisal ibn Husayn, el hijo del jerife hachemita de La Meca.

Por su parte, Abd el Aziz contó en su corte, durante 30 años, con un personaje británico especialmente interesante: Harry St. John Philby. Asimiló de tal forma su papel que acabó convirtiéndose al islamismo y fue uno de los expertos sobre el Medio Oriente más documentados de aquella época. Es curioso señalar, aunque aquí sea una pura anécdota, que supo transmitir en su ambiente familiar sus especiales aptitudes para la función informativa: su hijo Harold Kim Philby fue el espía doble que tan célebre se hizo en la década de los años 70. Durante 9 años fue ascendido de categoría en el seno del *Intelligence Service* y se le fue preparando para alcanzar, con toda probabilidad, el cargo de Jefe del Servicio británico. Pero, paralelamente, trabajaba para el KGB soviético por razones de convencimiento político. No le importó, sin embargo, acudir a la Unión Soviética al final de su vida profesional activa para recoger el premio a su deslealtad.

Constituye el reverso de la medalla de “Lawrence de Arabia” quien conocedor de la falsedad de las promesas británicas a los árabes cuando les prometían la aceptación de un reino árabe unificado e independiente cuando terminase la Primera Guerra Mundial, dejó escrita en *Los siete pilares de la sabiduría* —prácticamente sus memorias personales— la siguiente frase antológica: “arriesgué el fraude, convencido de que la ayuda árabe era necesaria para nuestra fácil y rápida victoria en Oriente, y de que era mejor ganar y dejar incumplida la palabra dada, que perder. Lo único que cabía hacer era negarse a recibir recompensas por haber sido un embaucador afortunado”.

Rehusó la “Orden del Baño”, abandonó su empleo de coronel, cambió su apellido y se alistó nuevamente como soldado raso. Con todo ello provocó las iras de Winston Churchill; pero supo ser fiel a un concepto imaculado de su ética profesional.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial en el año 1918, los turcos se hallaban en retirada de sus antiguos dominios en la península arábiga. La mitad norte de ella se encontraba sometida a tres influencias:

- En las costas del mar Rojo dominaba la acción del jerife hachemita de La Meca, Husayn ibn Ali, protagonista de la “Revuelta árabe” fomentada por Thomas Edward Lawrence. Sus poderes se extendían hasta Jordania y Siria.

- El centro de la Península y la parte oriental, incluidas las costas desde Bahreim a Kuwait, estaban dominadas por los partidarios del emir Abd el Aziz ibn Abderrahman Al Saud, ubicado en Riad.
- Un tercer núcleo de poder, aunque en pleno declive por su anterior apoyo a la dominación turca, lo constituían los emires de la familia Al Raschid situados en la zona norte y entre los dos anteriores, en Hail.

Gran Bretaña se encontró con la anterior situación de hecho y con el problema que le planteaban las promesas de independencia hechas a los árabes durante la guerra para conseguir su apoyo activo, por una parte, y los pactos establecidos con sus aliados —que invalidaban tales promesas—, por otra.

Ya en el año 1921, y siendo Winston Churchill ministro de Colonias, se convocó una Conferencia en El Cairo para resolver —de una vez por todas— la definición territorial en el Medio Oriente. A ella concurrieron medio centenar de expertos, pero a los propios árabes no se les dio ni voz ni voto.

El resultado lógico no podía ser otro que el desbarajuste que ha imperado desde entonces en este ámbito geográfico y que se mantiene en la actualidad.

En aquella ocasión se decidió dejar las actuales Siria y Líbano bajo mandato francés; Palestina quedó bajo mandato británico. Sobre la antigua Mesopotamia se crearon dos reinos, el de Transjordania y el de Irak, cuyos tronos se regalaron a los hijos del jerife de La Meca en premio a la ayuda que había prestado a los británicos durante la guerra: el primero fue para Abdullah y el segundo para Faisal.

Al propio jerife se le adjudicó la región de Hedjaz en la que están ubicadas las ciudades santas de La Meca y Medina, de donde se le permitió proclamarse rey.

Con el fin de plasmar mejor dichos repartos, en el año 1922 el Alto Comisario británico en Bagdad convocó una Conferencia a la que asistieron todos los países afectados y en la que se establecieron unos límites y fronteras, muchas veces con regla y cartabón, que todavía duran aunque no siempre se respetan.

Gran Bretaña mantuvo, además, sus protectorados sobre Kuwait, Bahreim, Qatar y el resto de las costas orientales y meridionales de la península Arábiga.

Nadie se acordó de Abd el Aziz, el personaje sin duda más relevante entre todos los emires de Arabia. Bien es verdad que tampoco necesitaba ninguna ayuda exterior para alcanzar su ideal unificador nacional: en pocos años eliminó a sus oponentes apoyándose, unas veces, en la violencia de los guerreros integristas wahabitas y, otras, en la astucia de algunos pactos o en una pragmática y sabia política matrimonial entre distintas familias beduinas de rancio abolengo y prestigio.

Así pudo llegar a autoproclamarse sultán del Nedjed. Sólo fracasó en el intento de incorporación del emirato de Kuwait: lo impidieron, una vez más, las fragatas británicas ancladas en su bahía. La tensa situación creada con tal motivo se solventó arbitrando una zona neutral que ha mantenido su vigencia durante muchos años.

Al despuntar el año 1926, Abd el Aziz fue aclamado a la salida de la Gran Mezquita, en La Meca, y proclamado también rey de Hedjaz. Y en septiembre de 1932 unificaba los Estados del Nedjed y el Hedjaz que había creado y fundó así la actual Arabia Saudí.

No será inútil para nuestro propósito prestar una breve atención al panorama internacional, desde un punto de vista geopolítico, que había gravitado sobre el Oriente Medio en los años en que puede enmarcarse tanto el antecedente inmediato de la Primera Guerra Mundial, como su desarrollo y su desenlace y en los que se produjeron los argumentos históricos que tanto repugnaron a Lawrence.

Obtendremos así una visión de conjunto que explicará muchas de las actuales tensiones de origen histórico en la zona y muchas de las reticencias árabes ante determinados aspectos de nuestro mundo occidental.

De una forma esquemática podríamos decir que la Primera Guerra Mundial se originó y tuvo su desarrollo en torno a tres rivalidades muy marcadas en aquellos años: la ruso-austrohúngara, la anglo-alemana y la franco-germana. Su repercusión sobre el Imperio Otomano significaba:

- *Alemania* la posibilidad de cortar en dos el imperio británico, llevando a buen término el proyecto ferrocarril Berlín-Bagdad que le permitirá desplazar por tierra, velozmente, a sus efectivos militares hacia aquel teatro de operaciones.
- *Francia* representaba la reivindicación de una tradicional postura de superioridad e influencia en esa zona que arranca de su aportación cultural, religiosa y guerrera en la época de las Cruzadas.
- *Gran Bretaña* se trataba de crear un corredor terrestre desde Egipto hasta la India a través de Palestina, y los viejos territorios de Mesopotamia, península Arábiga y Persia. Se aseguraba, además la posición de una riqueza petrolífera cuyos primeros indicios ya se anunciaban.
- *Rusia* consistía en lograr su antiguo sueño geopolítico de alcanzar las costas calientes del Mediterráneo sin tener que pasar por el control turco. La revolución bolchevique del año 1917 truncó, en aquel momento, sus aspiraciones.
- *Austria-Hungría*, ocupar los Balcanes y frenar la expansión rusa era su principal objetivo.

Este cúmulo de intereses geopolíticos explica el extraordinario interés que ambos bandos contendientes pusieron en asegurarse el apoyo de los hombres que, realmente, ocupaban aquel escenario desde hacía siglos: los árabes. Pero quiere servir también de justificación al abandono de todas las promesas realizadas por el vencedor de aquella guerra.

En julio del año 1915 y enero del año 1916, sir Henry Mac Mahon, Alto Comisario británico en Egipto intercambió alguna correspondencia con Hussein Cherif de La Meca, como consecuencia de la cual surgió la revuelta árabe de junio del año 1916 contra los turcos a cambio de la promesa de formar un Estado árabe independiente, después de la guerra.

Sin embargo, paralelamente a estas promesas se elaboraba por Gran Bretaña y Francia —entre los meses de febrero y mayo del mismo año de 1916— el que se denominó Acuerdo Sykes-Picot por el que los aliados se repartían el todavía vivo Imperio Turco como confirmación de un anterior proyecto británico, según el cual los rusos habían de quedarse toda la parte oriental de Turquía, los italianos la mitad sur con todas las islas del Dodecaneso, los franceses el Líbano y la mitad norte de Siria e Irak, mientras que los propios británicos se quedaban con todo el resto de Oriente Medio hacia el Sur.

El documento —que tenía evidentemente un carácter absolutamente secreto— se conoció por un ejemplar hallado por los bolcheviques en Moscú al hacerse con el poder en Rusia.

Por si esta conclusión de las promesas realizadas a los árabes para obtener su apoyo fuera poco, en noviembre del año 1917 se produjo la famosa declaración Balfour por la que el entonces secretario del *Foreign Office* comunicaba a lord Rothschild, presidente de la Federación Sionista de Gran Bretaña, que se adjudicaba a los judíos un hogar-nación en Palestina.

Realmente no cometían los británicos, en aquella ocasión concreta, ningún abuso. Se limitaban a ceder parte de un territorio —Palestina— del que ya disponían libremente (aunque desde luego sí que abusivamente) por el anterior Acuerdo de Sykes-Picot. ¡Todo ello un año antes de ganar la guerra!

Todavía se pagan las consecuencias de tales proyectos en aquellas regiones. Y pueden explicarse como antes se señalaba, tanto las reticencias árabes actuales como la violenta contestación antibritánica que surgió durante los años 20 y 30 en algunos nacionalismos de aquella zona.

La Segunda Guerra Mundial habrá de producir un cambio profundo en la situación de autonomía controlada que venía rigiendo sobre las monarquías árabes derivadas de los mandatos británicos. Era el viento de la historia que empezaba a presagiar el fin de la etapa colonialista europea.

En julio del año 1952, con la revolución triunfante egipcia que transforma a este país en una república, se inicia un estado generalizado de tensión. Irak se declara, igualmente, república en el año 1958 y se sacude la influencia británica.

En estos mismos años todos los países del mundo árabe van alcanzando, de hecho, su independencia y desaparecen los sistemas coloniales tradicionales que imperaban sobre la mayor parte de los territorios islámicos.

En el marco geográfico de la península Arábiga, Kuwait alcanza su independencia en el año 1961; 10 años después les llega a Qatar, Bahreim y los Emiratos Arabes Unidos.

Se alcanza así la unánime aspiración a la independencia pero se rompe el viejo ideal de la unidad panárabe.

Por su íntima relación con el actual conflicto del Golfo es preciso destacar a este respecto, como ejemplo típico del señalado rompimiento, el primer incidente grave surgido entre Irak y Kuwait.

Al quedar derogado, el día 16 de junio de 1961, el tratado de protectorado del año 1899 el Gobierno británico suscribió un acuerdo de amistad con Kuwait por el que se comprometía a apoyarle con la fuerza de sus armas en caso de ser requerido para ello por el emir del nuevo Estado soberano. Escasamente 7 días después Kuwait se vio obligado a invocar tal acuerdo porque Irak reclamaba para sí este territorio aduciendo —como razón justificante— que durante el dominio del Imperio Otomano el Emirato dependía administrativamente de la provincia de Basora.

Únicamente la urgente presencia de tropas británicas en la frontera kuwaití impidió la invasión de Irak. Tropas que fueron reemplazadas poco después por soldados de diversos países de la Liga Árabe que se solidarizó contra las pretensiones iraquíes.

Las tensiones entre Kuwait e Irak —que han seguido manteniéndose a lo largo de los años— y las derivadas de la guerra entre Irak e Irán —y también la presencia soviética en Afganistán— crearon entre los diversos países árabes la convicción de que era necesario fortalecer su apoyo mutuo para consolidar su desarrollo y actuar conjuntamente ante cualquier eventualidad.

En marzo de 1981 se creaba el Consejo de Cooperación del Golfo integrado por Arabia Saudí, Kuwait, Bahrein, Oman, Qatar y los Emiratos Arabes Unidos.

Con la necesidad ineludible de constituirlo quedaba cumplidamente demostrada la difícil situación de inestabilidad producida por la propia Conferencia del año 1921, que promovió Winston Churchill con el supuesto propósito de estabilizar para el futuro esta área estratégica tan importante. La historia habría de demostrar la inutilidad y el tremendo fracaso de aquel intento.

Tanto más cuanto que la inestabilidad del ámbito del golfo Pérsico no puede dejar de relacionarse con la de todo Oriente Medio en su conjunto. Aunque en esta ocasión no habremos de detallar las causas históricas productoras de otras tensiones centradas en esta misma zona —como pueden ser las que se sitúan en Palestina o en el Líbano—, ni las derivadas del enfrentamiento tradicional entre Irán e Irak —o entre Irak y Siria— por ser sobradamente conocidas.

La geografía

La compartimentación política actual de la zona geográfica que relaciona el golfo Pérsico con el Mediterráneo Oriental, a lo largo de las grandes cuencas de los ríos Tigris y Eufrates y de su entorno inmediato, genera una nueva causa de inestabilidad geopolítica. Inestabilidad que se acentúa si consideramos —como subraya el geógrafo norteamericano Saul B. Cohen— que al estar situada entre dos bloques, septentrional y meridional, que ejercen toda clase de presiones sobre ella adquiere todas las características de un “cinturón de quiebra” interno.

Limitándonos a resaltar exclusivamente las características geográficas más importantes (desde el punto de vista que más nos interesa en este momento) del ámbito considerado, saltan a la vista —inmediatamente— dos circunstancias determinantes de tensión:

- El cerco terrestre artificial que las actuales fronteras someten al Irak y que le imposibilitan la normal exportación de sus productos hacia el Mediterráneo Oriental si no se produce la expresa conformidad de los países que le rodean.
- La mínima extensión de costa que le fue asignada en el golfo Pérsico —unos 25 kilómetros— para instalaciones portuarias que completen y mejoren las que posee a lo largo de la desembocadura del Chatt-el-Arab y únicamente en la margen occidental de este río.

Sin embargo, en la inmediación de su estricta zona costera la espléndida bahía de Kuwait —de unos 20 x 20 kilómetros— constituye el mejor puerto natural de la zona y la permanente tentación para quien tan desesperadamente necesita contar con una salida natural y amplia al mar que le permita montar la adecuada base de partida para su comercio exterior.

El Emirato de Kuwait ha constituido siempre, por su situación geográfica, la clave del arco que queda constituido por el fondo del saco del golfo Pérsico en ventajosa competencia

con cualquier otra área marítima de su entorno perteneciente a Arabia Saudí, Irak o Irán.

Ya se dijo que sólo la presencia de las fragatas británicas fondeadas en aquella bahía le había librado, a lo largo de la historia moderna, de ser absorbido por uno u otro de sus voraces pretendientes.

Pero sigue siendo por sí mismo, y por la causa geográfica señalada, un foco permanente de inestabilidad estructural en la zona.

La población y el factor religioso

Una de las causas internas de inestabilidad que presenta la mayor complicación es la que se refiere a la composición humana del ámbito del golfo Pérsico.

Como muestra breve, se pueden señalar los siguientes datos:

- En Irak, el 18 por 100 de la población es de origen kurdo y más del 80 por 100 es árabe.
- En Irán, los kurdos representan el 10 por 100 de la población, los árabes el 5 por 100, los beluches el 13 por 100, los turcos el 20 por 100 y sólo un 45 por 100 son persas.
- En los diversos Estados de la península Arábiga, la mayoría absoluta había sido, tradicionalmente, de origen árabe beduino. Pero en los últimos años, las oleadas de refugiados procedentes de otros países de Oriente Medio como consecuencia de las guerras que allí se desarrollan y las migraciones de trabajadores originadas por el fenómeno petrolero, del que luego se hablará, han producido una subversión total de aquella situación étnica mayoritaria.

En estos países, los palestinos se mezclan a la masa de trabajadores extranjeros. A comienzos de los años 80 unos 6 millones de inmigrantes se encontraban en los países árabes del Golfo: entre 2,5 y 3 millones en Arabia Saudí —lo que representa el tercio de la población total—, 2,4 millones en los Emiratos (el 75 por 100 de la población de Qatar y los Emiratos Arabes Unidos, un 62 por 100 en Kuwait y un 32 por 100 en Bahreim y Oman) y, finalmente, 1 millón en Irak.

El problema de la población se complica al tener en cuenta que dichas minorías inmigrantes están crecientemente constituidas por trabajadores asiáticos —paquistaníes, indios, tailandeses, filipinos, surcoreanos, etc.— y que la velocidad de incorporación de extranjeros también está sometida a un fenómeno de aceleración. Efectivamente, entre los años 1970 y 1980 se triplicó el número de inmigrantes extranjeros que llegaron a los diversos países de la península Arábiga.

A esta complicación étnica no puede dejar de añadirse el impacto confesional en unas tierras cargadas de historia y en cuyo seno se originaron las tres grandes religiones monoteístas (judaísmo, cristianismo e islam). Ciertamente, el islam sunnita es mayoritario, pero los chiítas están adquiriendo una importancia creciente desde la revolución jomeinista iraní, especialmente en Kuwait y en Bahreim donde, además, se han lanzado a la práctica de actividades terroristas. En Kuwait, los chiítas alcanzaron el 25 por 100 de la población nacional; intentaron asesinar al emir en los meses de mayo y junio de 1985.

Como casos de especial inestabilidad debida a la influencia del factor religioso destacaremos a Irak y Arabia Saudí.

En Irak, un 60 por 100 de la población sigue las doctrinas chiitas y vive predominantemente en la mitad meridional del país muy influenciado en sus creencias por la revolución jomeinista. Otro 20 por 100 de origen kurdo y habitante en el noroeste, son sunnitas. Finalmente otro 20 por 100 árabes, también sunnitas, y habitantes en el noroeste, han dominado por completo la política regional desde el siglo XVI; en la actualidad siguen dominándola a través del socialismo del Partido Baas sin importarles la declarada ideología laica del mismo. Es de notar que cuando estos sunnitas creyeron ver amenazada su cuota de poder por la creciente influencia chiita no dudaron en recurrir a la más extrema violencia: una ley iraquí imponía la pena de muerte por la pertenencia a los organismos de carácter chiitas. Según datos facilitados por una de ellas —la "Llamada islámica"—, entre los años 1974 y 1980 fueron ejecutados unos 500 miembros de la misma. Las manifestaciones de protesta contra los ateos que gobernaban en Bagdad fueron aplastadas violentamente con participación, incluso, de Unidades acorazadas del Ejército iraquí.

El caso de Arabia Saudí es también muy relevante. El propio Estado debe su existencia a las doctrinas de Muhammad ibn Abd al-Wahhab, uno de los integristas más extremistas de la historia del islam. La familia actualmente reinante, los Ibn Saud, han basado todo su poder y la posibilidad de unificar el país sobre el implacable fanatismo de los creyentes wahhabitas. La lógica evolución sufrida por los componentes de la élite que gobierna la Arabia Saudí, al transformarse en pocos años desde rústicos jefes beduinos en familia real establecida en ciudades cosmopolitas, ha creado una soterrada ruptura con las masas populares a pesar de los grandes beneficios que éstas han obtenido de la economía petrolera.

Organización política y componente económico

Ligado últimamente al descrito problema de la población se encuentra el factor político.

No hace todavía muchos años, una tribu del Yemen podía desplazarse hasta Turquía —una distancia comparable a la que separa Madrid de Estocolmo—, con todos sus enseres y rebaños, sin problemas e incluso si por el camino se encontraba pastos adecuados —y los vecinos se lo permitían!— podían establecerse sobre el terreno, cualquiera que fuese, para toda la vida.

Con esta perspectiva, lo nacional carecía de sentido para muchas comunidades humanas del Oriente Medio. Predominaba el espíritu de tribu o el de secta religiosa. Durante mucho tiempo —muy próximo a nuestros días— el nativo no se dio cuenta de que pudiera ser sirio o iraquí, por citar algún ejemplo concreto.

Hasta el final de la primera década del siglo actual no llegó a existir alrededor de Riad, en la península Arábiga, un territorio más o menos pacificado y sumiso a un clan determinado que iba a constituir el núcleo de una nueva obra de expansión unificadora bajo el impulso del emir Abd el Aziz.

La nueva entidad política —y todas las que de una forma artificial mantenía Gran Bretaña a lo largo de las costas de aquella Península— pasaron inesperadamente, y en menos de 30 años, de ser extremadamente pobres a inmensamente ricas.

No cabía esperar, lógicamente, que sus estructuras políticas evolucionaran a la misma velocidad. No se puede pasar, sin traumas, desde el camello al avión particular a reacción.

La organización de las diversas comunidades había sido, desde siglos, la tribal y patriarcal. Los miembros distinguidos de una familia determinada gobernaban —desde luego por concenso— al conjunto de la tribu. Constituían una especie de democracia aristocrática. No existían los poderes fácticos que en el mundo político occidental se denominan "partidos". Quedaban sustituidos por un entorno familiar entre el que se distribuían todos los puestos de mando y de responsabilidad.

Tal entorno favorecía la lealtad personal y —además— era suficientemente numeroso para cubrir todos los cargos de Gobierno. No hay más que considerar un dato histórico. Cuando murió Abd el Aziz a los 77 años, el 9 de noviembre del año 1953, mantenía en los diversos estamentos superiores de la Administración de Arabia a sus más de 50 hijos; de su sucesor —Saud— se perdió la cuenta de las mujeres y concubinas que constituían su intimidad familiar y que le dieron más de 100 hijos.

Pretender que en un instante, este tipo de gobierno se traduzca en otro idéntico al modelo occidental constituye por sí mismo una utopía, y forzar el cambio apresurado, otro de los factores de inestabilidad actual, aunque desde nuestro punto de vista no sea lógico ni correcto defender tal modelo de vida.

No es posible desligar este aspecto político del de carácter económico producido por la explotación masiva del petróleo en este ámbito. No es del caso examinar el desarrollo del fenómeno por ser suficientemente conocido. Ni insistir en el hecho de que tales riquezas se distribuyen generosamente en favor de muchas instituciones y progresos de carácter social pero que, en esencia, se consideran propiedad privada de la familia reinante y su entorno más próximo.

Pero sí ha de ponerse de relieve que esta riqueza en pocas manos ha constituido un elemento formidable de inestabilidad al haber pasado a forzar los precios internacionales de venta del crudo a través de organizaciones monopolísticas como la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) de la que Kuwait es un miembro relevante.

Tal es el argumento —o por lo menos uno de los argumentos de más peso— que esgrime Saddam Hussein para justificar la invasión de Kuwait. Según el presidente iraquí, durante la guerra contra Irán la OPEP bajó arbitrariamente los precios del crudo produciéndole con ello una pérdida adicional de las provocadas por la propia contienda valorada en 3.000 millones de dólares. Esta política continuada de precios a la baja incidía sobre Irak, además, con una pérdida de 7.000 millones de dólares anuales.

Y con frase gráfica, propia únicamente de un régimen despótico y medieval, Saddam Hussein declaraba recientemente al ex primer ministro turco Budent Eceveit que "al final decidimos que antes de faltarnos el pan cortaremos las cabezas que han llevado nuestra economía a la bancarrota".

Consecuencia final

Desde la caída del Imperio Otomano, como secuela lógica del desenlace de la Segunda Guerra Mundial, todo el Oriente Medio —y dentro de él el ámbito concreto del golfo Pérsico— conoce una inestabilidad crónica.

Casi al principio de esta exposición suscribíamos la conocida afirmación de que "no debemos ser esclavos de la historia pero que tampoco podemos dejar de asumirla".